

HARRIS F. BUNKER.

Catedrático Asociado, Facultad de Pedagogía

POLITICA Y EDUCACION

¿Lograremos entendernos?

DICEN que “hablando se entiende la gente”... Pero la veracidad del refrán parece dudosa, a juzgar por las sangrientas explosiones de odio y de terror informadas por la prensa. Evidentemente no se habla como hace falta para alcanzar una pacífica y justa convivencia humana. A pesar de los fantásticos avances de la ciencia en lo relativo a medios y técnicas de comunicación, nuestro mundo no aparenta entenderse.

Cedemos al prejuicio, sin hallar la raíz del mal, cuando culpamos a los “comunistas” o a los “reaccionarios” por los problemas del mundo. Más provechoso sería encarar la realidad: en ninguna parte del globo se ha puesto la ciencia al servicio de la educación con orientaciones genuinamente democráticas.

La mayor parte de los adultos del mundo son analfabetos. Y aun entre los que saben leer, muy pocos son los que aceptan las responsabilidades indispensables para establecer condiciones de paz, justicia y libertad entre los hombres. El poder político

descuidó la obligación cristiana de extender a todos los seres humanos una justa oportunidad para su desarrollo armónico y maduro como individuos sociales y responsables. La ciencia se aplicó, y continúa aplicándose preferentemente al desarrollo de artefactos y procedimientos materiales, descuidándose en cambio la formación de valores éticos y morales, el desarrollo de la actitud científica y de las responsabilidades sociales.

No sorprende que demagogos y dictadores ejerzan poder avasallador sobre primitivas masas ignorantes, y aun sobre muchas mentes supuestamente "civilizadas" con datos y destrezas. Los que saben y pueden y quieren emplear las técnicas más eficaces de la comunicación encuentran campo fértil para cultivar el fanatismo, la intolerancia, la rebelión y la violencia.

Es posible desarrollar mentes capaces de entenderse y de convivir pacíficamente con otros seres humanos. Pero, para lograrlo, habría que atender el proceso educativo con igual rigor científico que la física, la química y la biología. Disponemos hoy de excelentes instrumentos y técnicas para la comunicación efectiva, y los investigadores especializados en las ciencias de la conducta humana continuamente aportan nuevos y útiles datos. Lo que falta es la instrumentación de programas que aprovechen la inteligencia y el poder imaginativo de los hombres en la definición de objetivos y medios hasta recientemente considerados como intangibles o impracticables.

Los países que aspiran a ser libres han dejado el desarrollo de valores, ideales y actitudes a la casualidad, dependiendo injustificadamente de la experiencia callejera, hogareña, comercial o religiosa. En cambio, los Estados totalitarios más tecnológicamente avanzados (como la Alemania nazi y la Rusia comunista) aprovecharon los recursos de la ciencia para formar personalidades subordinadas a la autoridad política.

Mientras tanto, el tiempo apremia. Los secretos para la fabricación y el empleo de armas nucleares, que quince años atrás eran exclusivamente de América, son ya conocidos por potencias hostiles. Queda poco tiempo para detener los males que

afligen nuestra civilización. ¿Podremos entendernos antes que manos irresponsables desaten sobre el mundo la destrucción nuclear?

¿Podremos asegurar condiciones efectivas para propiciar la convivencia pacífica de pueblos con diversas ideologías políticas, religiosas y económicas?...

...Es posible... si nos disponemos a aprovechar los recursos de la Ciencia en el campo de la Educación...

Definamos las metas

Para entendernos, precisa que las palabras expresen iguales conceptos para quienes las emplean. Una de las mayores dificultades para el desarrollo de una genuina educación democrática es la diversidad de interpretaciones que se dan al vocablo "democracia". La definición del diccionario puede ser aceptable para todos, pero el concepto varía con la interpretación que damos a sus elementos de "pueblo", "gobierno", "libertad" y a la función que propiamente corresponde a cada ser humano en "una libre comunidad de hombres libres".

El hombre verdaderamente libre escapa a la imaginación; y hay quienes consideran libres solamente a los partidarios de su doctrina favorita. La "intervención del pueblo en su gobierno" se concibe por otros como una dócil sumisión a quienes asumen su tutela, mientras algunos se van al extremo contrario ilustrado por la dictadura de las mayorías. Obviamente, hay que definir.

Por *educación democrática* entendemos todo el proceso formativo de la personalidad, que se distingue por las siguientes características:

1. Extiende su acción a todos los individuos que constituyen el Pueblo, con un profundo respeto por la dignidad de todas las personas, por su derecho a la autodeterminación y por su autoridad para tomar decisiones políticas.

2. Estimula la libre discusión como garantía para lograr decisiones acertadas y justas.
3. Brinda oportunidades y facilidades para el desarrollo pleno del talento de cada persona como miembro responsable de la sociedad.
4. **Fomenta** la ayuda mutua, la cooperación y el espíritu de servicio entre todos los seres humanos, sin distinciones de raza, origen social o condición social.

Tal educación democrática, aunque no se ha logrado plenamente en ningún país, constituye un ideal para nuestro mundo. Hasta en las dictaduras se expresa interés por alcanzarla “algún día”, luego que los dirigentes establezcan las otras “reformas” que por ahora consideran más urgentes. . . o provechosas.

Se explica la extremada demora en aprovechar los recursos de la ciencia en favor de una educación genuinamente democrática. El hombre libre, producto de tal educación no es instrumento dócil de dictadores ni de demagogos; no responde con facilidad a intereses mezquinos, ni a los halagos, los prejuicios o la pasión; rechaza las prácticas que corrompen los procesos electorales y colocan los intereses individuales por sobre el bien común. Además, el conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas (la ciencia) no favorece a las dictaduras cuando envuelve cambios de conducta adversos a la conservación de privilegios particulares. En sociedades donde los motivos de ventaja o provecho particular tienen prioridad sobre otros móviles sociales, no extrañemos que se recurra a la ciencia preferentemente para incrementar medios materiales de producción mientras se la excluye del proceso educativo.

Las aplicaciones científicas al fomento de la educación conllevan el examen objetivo de algunas hipótesis y doctrinas que no resisten tal análisis. La ciencia no se rige por dogmas ni por sentimientos o preferencias particulares. Quien la utilice para la formación de hombres libres no respetará normas arbitrarias ni se limitará a procedimientos tradicionales de ense-

ñanza. Es lógico esperar que, reconociendo la influencia del ambiente en la formación de la personalidad, se insista en coordinar efectivamente las experiencias vitales de los individuos en un ambiente de democracia genuina. La actividad de enseñanza no se limitará a la mera instrucción académica; ha de abarcar también todas las demás fuentes de experiencia.

Si la educación del ciudadano libre y responsable se ha de lograr como una realidad concreta, tiempo es ya de definir nuestros objetivos.

¿Por dónde empieza la reforma?

Se habla insistentemente de reformas para establecer condiciones deseables de paz, justicia y libertad; esto es, lo que aquí llamamos "una gran civilización". Crece el descontento, y se perfila cada día más claramente la disposición universal para hacer "algo" que satisfaga las necesidades del pueblo.

Pero las anticipadas reformas generalmente se quedan en "planes" sin desarrollar y en buenas, pero frustradas, intenciones. Los "reformadores" con frecuencia quieren que los demás se comporten a satisfacción de ellos, pero no realizan el esfuerzo necesario para lograrlo. Es normal que "alguien", aparte del proponente, bregue con la situación y encare los problemas. Y ese "alguien", naturalmente, viene a ser "el gobierno" o los que cultivan el poder político.

Las reformas cuentan con respaldo general cuando la autoridad política se identifica plenamente con las necesidades del pueblo; pero cuando el poder se ejerce por la violencia, el fraude o el soborno, no es extraño que los mejores planes se estrellen infructuosamente contra la apatía o la desconfianza popular. La autenticidad del liderato político es factor esencial, aunque no necesariamente único, para la implantación de cualquier reforma educativa.

Las experiencias nazi y soviética ilustran cómo, aun empleando las más efectivas técnicas, se hace cada día más difí-

cil la empresa de mantener cautivo el pensamiento humano. El partido dominante trató en cada pueblo de excluir otras influencias, y puso al servicio de su particular ideología todos los recursos científicos disponibles. Los nazis no pudieron eliminar la resistencia popular y finalmente sucumbieron. Los comunistas llevan casi medio siglo de represiones, censura, propaganda exclusiva y lavados cerebrales, y todavía no se arriesgan a permitir el libre contacto del pueblo con otras ideologías; más aún, todavía no han logrado establecer un legítimo estado comunista.

A fuerza de costosas y muy amargas experiencias, la humanidad entera va lentamente descubriendo que ningún pueblo logra inmunizarse por mucho tiempo contra ideas del exterior, que no puede haber paz sin libertad y justicia, que ningún grupo extremista y privilegiado tiene el monopolio de la verdad, y que el mejor seguro contra la tiranía en cualquier sociedad libre es la comunicación libre y respetuosa entre sus ciudadanos.

Un liderato político, motivado por ideales de cristianismo y democracia, puede hacer su más efectiva contribución al progreso de su pueblo estableciendo las garantías necesarias para la libre comunicación. El dirigente democrático reconoce las limitaciones y las debilidades del ser humano, incluyendo las suyas propias; respeta por igual los derechos de todos los ciudadanos, sin explotar sus debilidades para fines de lucro personal, sin imponer coercitivamente sus particulares preferencias. Sabe que la libre comunicación es requisito esencial para que logren clarificarse y señalarse específicamente las necesidades, los objetivos y los verdaderos hechos y valores en que ha de basarse una efectiva reforma.

Las anteriores consideraciones llevan a la lógica conclusión de que el primer paso hacia la solución de nuestros problemas educativos se inicia con la selección y retención de un liderato político genuino y orientado hacia el fortalecimiento de la democracia.

Al poder político corresponde establecer aquellas condicio-

nes que aseguren la colaboración cordial y altruista de cuantos se interesen por alcanzar la gran civilización a que aspiramos. Hay que establecer primero un clima de respeto mutuo entre los participantes, donde cada cual pueda oír y considerar lo que el prójimo expresa, y donde todos puedan hablar sin miedo y sin odios, sin reticencias ni ánimo ofensivo. La reforma educativa descansará necesariamente sobre fundamentos que, gústenos o no, son en esencia políticos.

¿A quién le toca?

Priva aún entre nosotros, como reliquia del pasado, el concepto de la educación como proceso intelectual para la formación del "hombre culto", idealizado por filósofos y literatos. En consecuencia, las llamadas reformas educativas corrientemente se conciben como tarea de escuelas, profesores, estudiantes, clases y otras actividades escolares.

Ese concepto limitativo de la educación y de la cultura, sin embargo, choca con las realidades de nuestro tiempo. Se han extendido fantásticamente los horizontes del conocimiento. Hay tanto que aprender y tanto que enseñar, que ya ni siquiera los más cultos y eruditos genios pueden aspirar a conocer más de una insignificante fracción de los conocimientos disponibles. Los genios siguen siendo, como en la antigüedad, menos del uno por ciento de la población, pero su número se ha multiplicado en razón al aumento poblacional. De suerte que en el siglo xx, aunque es mayor el número de eruditos, filósofos y literatos geniales, estos ya no ocupan el lugar de privilegio que antiguamente les correspondía en una sociedad de ignorantes analfabetos. Un adolescente de escuela superior, aunque sea mediocre, tiene hoy más conocimientos que los adquiridos por Aristóteles en la antigua Grecia. El "hombre culto" concebido por la educación tradicional compite hoy con numerosos hombres de ciencia, profesionales, administradores, políticos y otros líderes que hoy encuentran status distinguido en otras actividades.

Hoy se tienen conocimientos más precisos y más amplios

sobre la conducta humana. Ya se sabe que la capacidad racional del hombre facilita la educación en otras dimensiones que no se limitan a lo estrictamente intelectual. Se conoce la posibilidad de cultivar lealtades, valores, actitudes, ideales, etc., mediante adecuado control de las experiencias. Y se sabe también que un solo sector del pueblo, por poderoso que sea, no puede establecer control exclusivo sobre la educación.

La sorpresivamente rápida “liberación” de masas que demandan el disfrute de bienes hasta ayer limitados a grupos selectos plantea graves problemas de convivencia y de liderazgo. Para su solución resultan ineficaces las prácticas tradicionales, con su excesiva dependencia en la instrucción académica. La experiencia de Francia durante la pasada guerra fue amargamente aleccionadora: La “Commission d’Etudes de la Reforme de l’Enseignement” confesó haber encontrado que la conducta más escandalosamente cobarde, antipatriótica y colaboracionista durante la ocupación nazi correspondió a los intelectuales mejor “educados”, bajo un sistema escolar excesivamente intelectualizado y en manos de una clase que por sus rigurosas normas de excelencia escolar había dado gran renombre a Francia.

Para encarar con éxito el reto contemporáneo, habrá indudablemente que recurrir a los eruditos y muy especialmente a los especialistas en educación. Pero habrá que guardarse de la tentación a delegar funciones que solamente el pueblo o sus legítimos representantes pueden desempeñar. La educación, como proceso que abarca todas las experiencias de cada individuo, requiere la colaboración entusiasta y efectiva de quienes integran el hogar, la escuela, la iglesia, el estado, las organizaciones del trabajo, las profesiones, la industria y el comercio. No es, ni puede ser, obra exclusiva de profesores y gobernantes.

En la reforma educativa necesaria para alcanzar la “gran civilización” a que aspiramos, podrán tener participación destacada los educadores profesionales, en el nivel que les corresponde: como ciudadanos mejor capacitados para orientar al pueblo en asuntos de su especialidad, como técnicos y consejeros al servicio de la comunidad. Las funciones técnicas corresponden

a los expertos, pero la responsabilidad mayor de los dirigentes es la de proveer un liderato auténtico, capaz de lograr la participación responsable y entusiasta de la ciudadanía. Porque la reforma educativa no toca exclusivamente a ningún grupo particular; toca a todos los que tienen interés genuino en la educación del pueblo, sin exclusiones.

¿Dónde ponemos la escuela?

Repetimos que la educación no es responsabilidad exclusiva de profesores y gobernantes: Incluye todos los procesos mediante los cuales el ser humano desarrolla actitudes, hábitos y otras formas de comportamiento que consideramos de positivo valor social. Comienza al nacer, no se limita al desarrollo de conocimientos y técnicas, y no cesa sino con la vida.

De todas las agencias educativas, la escuela es posiblemente la única cuyos propósitos y prácticas se ajustan a la orientación trazada por los gobernantes. Por sus facilidades para sistematizar la enseñanza, resulta ser el instrumento más prometedor para la formación de ciudadanos.

Pero la instrucción formal, en nuestro medio, comienza tarde y dura poco. Ya al entrar en la escuela primaria, el niño ha alcanzado más de la mitad de su desarrollo mental, y ya se ha estructurado el patrón básico de su personalidad. Una vez admitidos en las aulas, son muy pocos los afortunados que pasan siquiera una décima parte de su tiempo en actividades escolares. (El niño típico de Puerto Rico, por ejemplo, pasa menos de 800 horas al año recibiendo instrucción elemental, mientras dedica más de 7,900 horas a otras actividades).

Como el tiempo es tan limitado para la enseñanza sistematizada de la escuela, precisa aprovechar cada minuto, rindiendo el esfuerzo y el tiempo de los educadores, extendiendo su influencia fuera del ámbito escolar y coordinando eficazmente sus esfuerzos con los de otras instituciones y agencias.

Sobre la escuela y los educadores recae la más grave res-

ponsabilidad de estudiar las necesidades sociales, de formular y proponer planes de acción para satisfacer esas necesidades y de subsanar las fallas de las otras agencias educativas.

Es razonable exigir la máxima competencia profesional, y la más genuina devoción al servicio público, de quienes dirigen las actividades escolares. Los riesgos son demasiado costosos para otras alternativas. Hoy no se trata meramente de impartir conocimientos y destrezas, para lo cual valía mucho la inteligencia y la cultura general. Hoy hay que bregar además con actitudes, ideales, valores, comprensiones, hábitos y otras características de una ciudadanía alerta y responsable. La responsabilidad del maestro se extiende a la integración efectiva de las experiencias que cada sujeto debe tener en el ambiente escolar.

Hay que conocer al niño, sus necesidades y sus aptitudes. Hay que conocer bien las condiciones ambientales que afectan el aprendizaje. Hay que saber manipular provechosamente, para la sociedad, las situaciones de aprendizaje.

Las experiencias educativas no se tienen en un vacío; ocurren en un ambiente del cual el organismo recibe continuamente estímulos diversos. El ambiente escolar puede y debe ser fuente rica de experiencias favorables al desarrollo de las actitudes, los hábitos y las habilidades imprescindibles en una sociedad genuinamente democrática. Y toca a los educadores establecer, modificar y aprovechar esas influencias ambientales conducentes al logro de los objetivos que asignamos a la escuela.

Tales objetivos envuelven reacciones predominantemente afectivas o emocionales, en adición a las tradicionales reacciones racionales. Requieren para su pleno desarrollo que el organismo (niño, adulto, aprendiz o maestro) viva en un ambiente ejemplar, propicio, en que se practiquen con naturalidad las virtudes a las cuales se rinde culto de palabra. La educación formal, en todos los niveles escolares, debe rendir culto a la autenticidad, más que a la mera gimnasia intelectual. Sin descuidar por ello los conocimientos y las técnicas fundamentales, puede y debe propiciar experiencias vitales conducentes a la

formación del ciudadano libre, capacitado para convivir con otros ciudadanos, igualmente libres, y para encarar eficazmente las responsabilidades de su ciudadanía. Las escuelas y los maestros necesitan, más que nada, ser ejemplo auténtico de lo que predicán.

Comparando escuelas. . .

Los éxitos comunistas, especialmente en las ciencias y en la propaganda, han provocado una saludable reacción en el mundo libre. Los sistemas escolares de occidente se someten a riguroso examen. Los educadores responsables entran gustosamente en averiguaciones minuciosas de posibles fallas en sus servicios. La opinión pública no se satisface con vagas expresiones de preocupación "por los grandes problemas de la vida y la cultura"; exige más bien que se definan esos problemas con claridad y que se tome acción efectiva para resolverlos. Por fin se nota una clara tendencia a preferir la veracidad de las investigaciones objetivas antes que las imprecisiones retóricas o las seguridades autoritarias.

La escuela comunista sabe hacia dónde va; no siente las vacilaciones del mundo occidental, y aprovecha hasta el límite los recursos de la ciencia en su esfuerzo por desarrollar las potencialidades de todos sus ciudadanos como servidores de su sociedad. En cambio, las escuelas occidentales todavía reflejan un perturbador contraste entre una decadente tradición aristocrática y una desordenada impaciencia de masas recién liberadas.

En Europa y en muchos países de tradición europea predomina una escuela altamente selectiva, centralizada y tradicionalista. A semejanza de la escuela rusa, opera como agente del gobierno nacional, y ofrece al pueblo la enseñanza que prescriben sus gobernantes. Concede extraordinaria importancia a los estudios generales y las destrezas intelectuales propias de la élite que designa como "la gente culta".

En América se ha desarrollado otro tipo de escuela, la del pueblo, cuya característica principal es la participación directa de los ciudadanos en su organización y gobierno. Es extraordinariamente práctica, como la rusa. Persigue el máximo desarrollo de las potencialidades humanas, sin fijar jerarquías intelectuales, pero considerando a cada individuo como ser autónomo. Mantiene una celosa independencia del gobierno nacional, y generalmente se rige por juntas escolares que seleccionan directamente los ciudadanos en elecciones locales no partidistas.

Las diferencias ideológicas entre las sociedades afectadas por estas escuelas se aprecian mejor al considerar el papel que en ellas se reconoce a los filósofos: La escuela totalitaria rusa los excluye como antagónicos al conformismo que el Estado estimula. Los tradicionalistas se van al otro extremo, exaltando la filosofía de tal modo que el propio Ortega y Gasset observó “. . . los filósofos son todo menos eso —son políticos, son pedagogos, son literatos o son hombres de ciencia”. La escuela popular, en cambio, no los endiosa ni los excluye: el individuo con inclinaciones filosóficas encuentra campo libre para desarrollar sus aptitudes, pero no por ello goza de privilegios o ventajas exclusivas.

Su relativa independencia de control político nacional permite a la escuela popular americana contribuir más efectivamente al fortalecimiento de normas democráticas. Cada comunidad encara sus problemas sin esperar directivas “de arriba”, aprovechando los recursos que los gobiernos nacional y estatal ponen a su disposición. Hay amplia oportunidad para el ejercicio de la iniciativa local. Los errores son locales, se aíslan fácilmente y pueden subsanarse localmente. Ningún sector minoritario impone sus normas sobre la mayoría. Las comunidades compiten entre sí para retener los mejores maestros y establecer las más satisfactorias condiciones de enseñanza.

El tipo de escuela que *deba* establecerse en determinada comunidad, por supuesto, no *tiene* que coincidir con el tipo existente, ni siquiera con nuestras particulares preferencias. Las aspiraciones frecuentemente chocan con las realidades, y éstas

dependen de las circunstancias. Lo que podemos hacer es comparar lo que existe a la luz de nuestras necesidades, y estimular el ejercicio de la responsabilidad ciudadana para que el pueblo haga finalmente la decisión más sabia.

Misión de la Universidad

Dice Ortega y Gasset que el hombre "es un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior". De ser eso cierto, el interés común demanda que esa "instancia superior" oriente a los hombres por derroteros de paz, justicia, libertad y certidumbre. Los que orientan la tarea educativa son hoy, más que nunca antes, producto de la experiencia universitaria, y su eficacia como servidores del interés público varía en razón directa a la bondad del adiestramiento recibido. La Universidad se considera lógicamente como el laboratorio de experiencias vitales llamado a formar el liderato dinámico, competente y responsable que es esencial en "una libre comunidad de hombres libres".

En las universidades, y más aún en las que sostiene el Pueblo, se coloca la responsabilidad pública por sobre cualquier otra consideración. Así lo reconoció en 1940 la Asociación Americana de Profesores Universitarios en su Declaración de Principios, cuando afirmó: "Las instituciones de educación superior se gobiernan para el bien común y no para apoyar los intereses del profesor o de la institución. El bien común depende de la libre búsqueda de la verdad y su libre expresión". La autonomía universitaria y la libertad para la búsqueda y la expresión son condiciones esenciales para que la universidad acierte con su misión; no son fines independientes, sino más bien medios indispensables al logro de sus propósitos de bien común.

Para acertar plenamente su misión en una sociedad democrática, la Universidad debe formar líderes claramente identificados con las aspiraciones de una comunidad libre, que normalmente incluyen las siguientes;

1. Respeto a la autodeterminación de la persona humana.
2. Previa y libre discusión para asegurar decisiones acertadas y justas.
3. Igualdad de derechos en conformidad con las capacidades y responsabilidades de cada individuo.
4. Relaciones de satisfactoria convivencia entre los integrantes de la comunidad.

La Universidad necesita tener autonomía; pero si responde al bien común no concibe la autonomía como la libertad de una clase privilegiada para aislarse de la realidad circundante. Toda auténtica universidad rehuye el estancamiento académico. El universitario moderno no ha de conformarse con la admiración de las masas ignorantes, ni ha de perder contacto con las rápidas transformaciones del mundo que le rodea. La universidad de nuestro tiempo encara responsabilidades que nunca soñaron las antiguas universidades: Lo que en la edad media se llamó primeramente *Studium Generale*, accesible a los pocos estudiosos que supieran leer y escribir, quedó atrás definitivamente, considerándose hoy como propio de la escuela elemental o intermedia.

Ejemplo saludable de la Universidad que corresponde al siglo xx puede observarse en Estados Unidos, donde operan más de dos mil instituciones de nivel universitario, más que en ninguna otra región del mundo. Casi todas aceptan la obligación de proporcionar a su estudiantado experiencias ricas y prácticas para desarrollar competencia en el manejo de sus propios asuntos como miembros responsables de la comunidad, comenzando por la propia comunidad universitaria. Muy pocas (menos del 1 por ciento) operan bajo control del gobierno nacional. Aproximadamente 700 se sostienen con fondos de los gobiernos estatales y locales. Más de 1,200 funcionan como corporaciones privadas, de fines no pecuniarios, gobernadas conjuntamente por ciudadanos y profesores. Sin descuidar los requisitos académicos de orden intelectual, ofrecen al estudiantado otros servicios

educativos más directamente relacionados con sus intereses vocacionales, familiares, económicos, personales, etc.

La misión de la Universidad, según se concibe en la América del siglo xx, no se limita a provocar inquietudes intelectuales por “los grandes problemas de la vida y la cultura”. No solamente provoca tales inquietudes, sino que las extiende al terreno de la acción positiva: esto es, estableciendo, aquí y ahora, las condiciones ambientales indispensables para asegurar, en la propia institución, una “libre comunidad de hombres libres”.